

LIBROS

«Recordando a Dardé»

Historia laborable y sentimental de España

Con «Recordando a Dardé» (Seix Barral, 1969), Manuel Vázquez Montalbán hace su primera salida al campo de la novela. No es frecuente que esto ocurra con la madurez que demuestra el autor en su obra, donde inicia una superación del llamado realismo sociológico —a veces simple naturalismo— por un tratamiento crítico-humorístico del tema. «Recordando a Dardé» es una fábula moral, un compendio de la presente historia española vista desde la imaginaria perspectiva de 1999. La llegada a una comunidad rural catalana de un «sabio», el técnico de robots J. W. Dardé, y el impacto que su insólita persona y la tecnología producen, forman una trama, que participa de la novela policíaca y de la ciencia-ficción, donde están presentes desde el trauma de la guerra civil hasta los inicios del consumismo que llega a bombo y platillo



de la mano del gran Cirus Mac Manus, símbolo de las primeras inversiones americanas.

En esta novela, construida con personajes voluntariamente esquemáticos, verdaderos arquetipos de las fuerzas vi-

vas de nuestros pueblos (mosén Cardús, el sargento de la Benemérita Rufino Vázquez, el maestro nacional y su esposa doña Luz, el alcalde y los ex alcaldes, la comunidad veranlega), hay un contrapunto de gran humanidad: el «jaenero» Juan de Dios, representante de los desclasados ilotas del Sur, marginados de todo y por todos. De las tres partes de la obra, escrita acaso con cierto apresuramiento, la primera parece la más lograda: la «bomba Dardé», caída en aquel remanso soñoliento, servirá de espoleta para descubrir las secretas frustraciones de las fuerzas vivas y preparará el asalto final de las «masas xenófobas e indonesias» al reducto del sabio, antes de la venida de Mac Manus, mecenas del dólar, financiero de Dardé, y que trae consigo el «Manifiesto Comunista». En la tercera parte —«Los antepasados olvidados»—, Vázquez da la clave en una breve y desesperada conclusión: todo ha cambiado para que nada cambie.

«Recordando a Dardé» incide en una temática muy querida al autor: la presentación de la historia laborable de España desde un prisma sentimental, pesimista, servido por una ironía que esponja toda la narración y que alcanza a veces tonos caricaturescos, como de esperpento del neocapitalismo. Hay afinidades con sus obras anteriores. La relación doña Luz-Tancio recuerda hasta cierto punto el

poema «In memoriam» de «Una educación sentimental», y en la biografía de las fuerzas vivas se explicitan apuntes de «Crónica sentimental de España», la espléndida serie recientemente publicada en



el último Delibes

Una pesadilla patética

Había expectación ante la última novela de Delibes: la que puede esperarse de nuestro precario mundo literario. Las rumores que precedieron su aparición situaban al libro como «algo distinto» a lo que había venido haciendo el novelista español más importante de la posguerra. La reacción ha sido muy favorable entre los críticos jóvenes y de una cierta decepción entre los que siguen adheridos a fórmulas tradicionales. La encuesta de «Madrid» ha sido una muestra oportuna y reveladora. Ahora bien, se ha hablado del giro total que supone «Parábola del naufrago» en la obra delibebana. Conviene matizar este extremo.

Jacinto San José, el protagonista, pertenece a esa galería de hombres tímidos, sencillos, desplazados, con los que el escritor se siente más identificado. El precedente inmediato es el Mario de «Cinco horas...» asistido por una sociedad ramplona y vocinglera (un personaje dice en la novela: «No es un muerto, es un abogado»). La contraposición que se hacía entre Menchu y Mario era la imposible comunicación de dos Españas, al tiempo que se describía la situación concreta de la mujer ibérica. Jacinto San José es también una víctima, pero en esta ocasión de una comunidad ligeramente evolucionada que ha aprendido a utilizar un terrorismo más fino: el del televisor y la computadora. Al igual que Mario, Jacinto San José es contrapunto humilde, aunque ejemplar.

Hay un hecho importante en «Parábola del naufrago». Hasta ahora la obra de Delibes podía dividirse netamente en dos partes: la crónica provinciana y la rural. El Delibes cazador-escritor recurría a la naturaleza frente a una civilización misticizadora. En «Parábola del naufrago» desaparece el mito delibebano de la naturaleza. Ya no hay separación entre ciudad y campo. El proceso de urbanización —bien que irracionalmente— se ha cumplido. La ciudad prolonga sus resortes más allá de los improvisados barrios populares. No hay escape posi-

ble. Jacinto San José se degradará al contacto de la naturaleza. El paisaje se vuelve contra el hombre. El seto que planta Jacinto San José termina por devorarlo. Irónicamente, el refugio de recuperación se convierte en reducto de degradación. Una pesadilla terrorífica. Un final patético.

El giro se da en lo formal. Un giro total si contraponemos esta última novela a las primeras. Relativo, si la comparamos a «Cinco horas con Mario». En todo caso, la técnica empleada por Delibes era la apropiada para contar una pesadilla y, sobre todo, para describir los intentos fallidos del personaje por comunicarse, la desaparición de la responsabilidad crítica de los ciudadanos rebots ya al dictamen de las consignas y los modelos propagados por los medios de comunicación de masa. Si algo no es Delibes es «snob». Ha hecho vanguardismo porque le venía al pelo, porque se lo exigía la narración. Lo interesante es que este novelista que ha sido barojiano, galdosiano, naturalista y realista crítico (la evolución de su novela es la historia de la novela española de posguerra) nos da, en su plena madurez, un fruto «joven». Delibes escribió la novela que pudo en los años de autarquía cultural y política. La agudización de su conciencia crítica corre a la par de una puesta al día de las técnicas narrativas y todo ello paralelamente al proceso evolutivo del país. «Parábola del naufrago» coincide con la entrada en una fase tecnocrática y consumista, lo cual no parece satisfacer a este escritor en permanente vigilia.

El motivo de la novela es un profundo sentimiento del miedo. ¿A qué miedo se refiere el novelista? El monstruo que le atormenta tiene mil cabezas: la violencia, la autocracia, la tiranía del dinero, el poder de la organización, el dogmatismo, la crisis de los derechos humanos, la deficiencia de la técnica, el consumismo, el clasismo, las torturas... ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

estas páginas. En los relatos que complementan el libro, Vázquez utiliza una vez más la deformación y la caricatura, llevando las situaciones al límite para mostrarnos su auténtica realidad: así en la deliciosa sátira «Desde un alfiler a un elefante».

Manuel Vázquez Montalbán, catalán de treinta años, es sin duda alguna el más completo y brillante de los escritores jóvenes. Periodista de garra, fue redactor-jefe y comentarista de política internacional de «Siglo XX», y es autor del «Informe sobre la información» (Fontanella), análisis desde una perspectiva inédita de un fenómeno capital de nuestro tiempo. A esta obra juvenil, publicada a los veinticuatro años, siguió «Una educación sentimental» (El Bardo), noticiario lírico de una época, crónica de una generación que nació al filo de la guerra: la degeneración de la generación perdida. Antes había colaborado en «La Trinchera», una de esas revistas de lírica autofinanciada que fallecen de muerte natural en plena juventud. En 1968 dirigió y prologó la obra colectiva «Reflexiones ante el neocapitalismo» (Cultura Popular), donde colaboraron, entre otros, nuestros compañeros en las tareas de TRIUNFO Alonso de los Ríos y García Rico; el trabajo de Vázquez —«Experimentalismo, Vanguardia y Neocapitalismo»— levantó ronchas de irritación en parte del personal progresista del país. Este año ha preparado, para la misma editorial, «Antología de la Nova Cançó Catalana», con J. Porter-Moix, y ha ganado el Premio Vizcaya por la obra poética «Movimientos sin éxito». Desde hace unos meses, nuestros lectores son testigos de los frecuentes trabajos de Vázquez Montalbán, que bucea hondamente en la mitología y sentimentalidad populares, a través de la vida cotidiana («Crónica sentimental», «Barça», «Consultorio sentimental», «Recetas para ligar»), o analiza el impacto del incipiente neocapitalismo, puramente formal, sobre la sufrida y paquidérmica piel de la realidad celtibérica («Y por fin el libro objeto», «La revolución cultural de Hogarhotel»). Manuel Vázquez Montalbán prepara ahora una segunda novela y tiene en proyecto diversas obras de ensayo. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

De Camus a Beckett

He aquí un escritor cuyas primeras producciones datan de 1930, y que ahora, cuarenta años después, empieza a ser conocido en España. Nuevamente queda, pues, de relieve una de nuestras debilidades estructurales, la de la por algunos llamada "organización de la cultura", que en cierto modo condiciona la industria cultural. Hace años, ni el lector español sabría leer a Beckett —las ediciones americanas de "Molloy" y "Malone muere" tuvieron escasa difusión, incluso en niveles "altos"—, imposible de entender si lo extraemos de un contexto ignorado aquí hasta hace muy poco, ni, de comprenderlo, podría justificar sus planteamientos, aprobarlos o condenarlos. Apartados de la tradición cultural europea, hechos como la concesión de



un premio famoso nos obligan a irrumpir traumáticamente en sus más remansadas pero significativas expresiones. Y a Beckett se deben las más radicales.

Aparece Beckett —el Beckett novelista— entre nosotros, de la mano de una editorial de Barcelona (E. Lumen), en el momento en que el Nobel viene a contradecir un poco su vida de escritor solitario. Su presencia está encarnada en la trilogía que vertebra su obra total: "Molloy", "Malone muere" y "El Innombrable", novelas de las cuales ya se han publicado, en versión castellana, la primera y la última (colección "Palabra en el tiempo"). Pese a su importancia, el teatro del secretario de Joyce —aquí ya apreciado, aunque desconocido a la mayoría— no consti-

tuye, en la perspectiva del Beckett novelista, más que una ilustración de su obra fundamental, más que —como ha escrito Frederick P. Karl, en un análisis que prologa la versión de "El Innombrable"— "una acotación marginal".

"Molloy" constituye, sin duda, su mejor novela. Escrita en francés —cultura a la cual se incorporó desde muy joven, el autor es irlandés, como se sabe—, en 1951, en "Molloy" encuentra una de sus más puras manifestaciones literarias del absurdo, que tuvo en Albert Camus su teórico más lúcido. Pero mientras el personaje central de "El extranjero", Meursault, anunciando ya las últimas consecuencias de la actitud absurda, siente frente a él la indiferencia del mundo y desea "los gritos de odio" de la multitud, la expresión del pensamiento que informa esta novela camusiana, tal como se expone en "El mito de Sísifo", concluye en un resultado positivo (y a la vez reaccionario), prestando a la mitología el imaginario añadido de "un Sísifo dichoso". No ocurre así en la trilogía de Beckett: Molloy, Malone, El Innombrable, Moran, etcétera, son seres sin salida, sin rebeldía, aislados en su mundo subjetivo y, además, lo saben. Beckett, en sus narraciones, es el irreal, apura el absurdo hasta sus consecuencias finales. Pero, ¿podremos llamar progresivo a este pensamiento?

Si podemos. Se ha dicho que Beckett revela, con aguda mordacidad, las características esenciales de la condición humana. Esta reflexión parte de la concepción existencialista de una "condición humana" universal, común a toda la historia y a todas las sociedades. Pero Beckett vive en una sociedad concreta y para ella escribe, retratando su esencia, desarrollando los efectos de sus valores hasta la pura destrucción. No es, pues, un novelista decadente, es un novelista de la decadencia el escritor que certifica la defunción de unas normas que han perdido su validez. El crítico Karl observa muy bien cómo los personajes de Beckett "están a la búsqueda de su identidad". Esta búsqueda "no es melodramática ni trágica, sino cómica; la búsqueda de un yo que incluso el protagonista sabe que no puede rescatarse". Es obvio que Beckett, in-

sistimos, se refiere a la condición humana en una sociedad concreta y fundamenta sus obras en la experiencia de las limitaciones y los resultados de la misma. El sarcasmo de Beckett —utiliza una fórmula trónica, no trágica— descubre lo más auténtico de tal sociedad y produce un revulsivo o, al menos, una inquietud. Este es el sentido progresivo que advertimos en su obra, de la que "Molloy" es la más acabada expresión. Este sentido progresivo, ¿surdirá a pesar del autor? En cualquier caso, nada restará a sus novelas, objetivamente consideradas, este valor que en ellas se comprueba con facilidad. ■ EDUARDO G. RICO.

Castellet: Nueva escuela

En Barcelona se asegura que el crítico y ensayista José María Castellet prepara el lanzamiento de una nueva escuela literaria, a la que dará el espaldarazo en un libro que aparecerá en breve, editado por Carlos Barral. A este propósito cabe recordar que fue Castellet quien agrupó a los poetas social-realistas al final de los años cincuenta, en un libro que suscitó vivas polémicas: «Veinte años de poesía española». En la introducción, el crítico explicaba los postulados de la tendencia según él preveía, por la estructura político-social del país, a cuyos condicionamientos se hallaba sujeta la producción literaria. Algunos reprocharon al método utilizado por Castellet su excesivo mecanicismo. El propio crítico reconoció la existencia en su análisis de esta debilidad.

El libro que ahora ha puesto en manos de Carlos Barral reúne una selección de poemas de autores jóvenes, sin más nexo que su edad y la común voluntad de establecer una ruptura con las tendencias en vigor los últimos años. Varios de ellos ya son muy conocidos, por sus actividades literarias y periodísticas, como nuestro colaborador Manuel

Vázquez Montalbán. Otros, por sus libros y por sus premios, por ejemplo, Pedro Gimferrer. Añadamos a éstos los nombres de Ana María Moix, de la que «El Bardo» acaba de publicar un libro; Félix de Azúa, Vicente Molina, uno de los hermanos Panero —hijos de Leopoldo— y varios más de Barcelona y de Madrid, que han decidido quebrar las líneas potenciales, y en su opinión agotadas, por los social-realistas y también por los que algunos han llamado «intimistas». Por supuesto, la antología irá precedida por un estudio de Castellet, en el cual, según nuestras noticias, se ha propuesto exponer y explicar la poética —o las poéticas— de los autores seleccionados. ■ E. G. R.

La estética realista

En los locales de la editorial Siglo XXI se están llevando a cabo los martes unos coloquios privados sobre "La estética realista". Los participantes son: Juan García Hortelano, Cabañero Bonald, Alfonso Grosso, Armando López Salinas, Daniel Sueiro y Rafael Conte, actuando como moderador Isaac Mantecón. Las conversaciones —recojidas con magnetófono— serán publicadas por la editorial Siglo XXI.

TRIUNFO RECOMIENDA

LIBROS

CONVERSACIONES CON LUKACS, Alianza Editorial.

El gran humanista marxista húngaro se expresa sobre filosofía, literatura y política con un fácil lenguaje coloquial, en conversaciones con los profesores alemanos Hans Heinz Holz, Leo Kofler y Wolfgang Abendroth.

EL CAPITAL MONOPOLISTA, de Paul A. Baran y Paul M. Sweezy. Siglo XXI.

LA ECONOMÍA ESPAÑOLA EN 1968, de Juan Muñoz, Santiago Roldán y García Delgado. EDICUSA.

EL PROBLEMA DE LOS SALARIOS EN ESPAÑA, de J. Jene Solá. Oikos-Tau.